



VOLUMEN 6

Emilio Duhau
editor

Ciudad de México: La construcción permanente de la metrópoli



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Fernando Carrión
Michael Cohen
Pedro Pérez
Alfredo Rodríguez
Jaime Erazo Espinosa

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Edición de estilo
Alejo Romano

Impresión
Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-27-8

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: febrero de 2012

Contenido

Presentación	7
Introducción <i>Emilio Duhau</i>	9
I. El tránsito hacia un nuevo orden urbano	
Cambios económicos y morfológicos en la Zona Metropolitana del Valle de México <i>Emilio Pradilla Cobos, Felipe Moreno Galván</i> <i>y Lisett Márquez López</i>	49
México 2010: una ciudad que improvisa su globalización <i>Néstor García Canclini</i>	93
II. La producción del espacio urbano	
La urbanización irregular y el orden urbano en la Zona Metropolitana del Valle de México (1990-2005) <i>Priscilla Connolly</i>	111
Los nuevos productores del espacio habitable. Breve historia de una mercancía posible <i>Emilio Duhau</i>	147
El Bando 2: ¿replamiento de la ciudad central? <i>René Flores Arenales y María Teresa Esquivel Hernández</i>	165

Santa Fe como una nueva forma de producción del espacio urbano	195
<i>Margarita Pérez Negrete</i>	

III. Habitar la metrópoli

Género, pobreza y ciudad	221
<i>Martha Scheingart</i> (con la colaboración de Guadalupe Aguilar y Laura Ortiz)	

Conjuntos habitacionales y vida colectiva	255
<i>María Teresa Esquivel Hernández</i>	

De los suburbios residenciales a los conjuntos cerrados: espacio local y prácticas de consumo	287
<i>Angela Giglia</i>	

Los espacios públicos en la ciudad de México: desafíos de una política de la diferencia	313
<i>Patricia Ramírez Kuri</i>	

IV. ¿Una metrópoli que se democratiza?

La planeación y la gestión urbana frente a la utopía de la ciudad incluyente	345
<i>René Coulomb</i>	

Procesos políticos, cultura y participación ciudadana en la ciudad de México	371
<i>Héctor Tejera Gaona</i>	

La participación ciudadana y la política de desarrollo social en el Distrito Federal (1997-2010)	411
<i>Cristina Sánchez Mejorada F y Lucía Álvarez Enríquez</i>	

¿Hacia un nuevo modelo de transporte público en la ciudad de México? Un recuento de las acciones en curso	455
<i>Bernardo Navarro Benítez</i>	

México 2010: una ciudad que improvisa su globalización¹

Néstor García Canclini²

Introducción

Se ha vuelto un hábito pensar en las ciudades en relación unas con otras. La globalización de los viajes, el turismo y los intercambios económicos acentuaron esta tendencia comparativa y encumbraron a algunas urbes grandes y medianas como modelos. Berlín y Barcelona, por ejemplo, se convirtieron en los años ochenta y noventa del siglo XX en capitales mundiales de la innovación urbanística y de un tipo de gestión capaz de reubicar el desarrollo de las ciudades como los centros más dinámicos para aprovechar los impulsos de crecimiento global.

También hay urbes que se vuelven emblemáticas por su monstruosidad y decadencia. México DF es señalada como la de mayor población, la más contaminada del mundo, y una de las más peligrosas y caóticas. No me interesa tanto refutar con datos estas “distinciones”: Tokio-Yokohama la supera en habitantes, y varias ciudades latinoamericanas la rebasan en contaminación (Santiago de Chile) y violencia (Bogotá y Río de Janeiro). Me preocupa más averiguar por qué la capital mexicana propicia imaginarios nefastos, y se coloca con tantas dificultades ante los desafíos de la globalización. Valoraré, además, algunas de sus potencialidades como ciudad global en el horizonte del 2010. Se trata, en suma, de relacionar la

1 Este artículo fue publicado originalmente en el año 2003 (*Alteridades*, Vol. 13, N° 26: 7-14); por ello el hecho de que reflexione en torno a la ciudad en 2010 como horizonte futuro constituye un anacronismo solo aparente.

2 Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

ciudad producida con la ciudad imaginada, y, al final, con la ciudad imposible de imaginar.

¿Ciudad global?

El ejercicio que voy a hacer con la ciudad de México puede ser útil para comprender y advertir riesgos en otras ciudades, y asimismo para examinar críticamente algunos problemas desde la teoría de la globalización. Así como el debate sobre la modernidad encontró recursos novedosos al analizar ciudades como París, Berlín y Viena, el estudio de Nueva York, Londres y Tokio contribuye a entender los procesos de mundialización.

Si escribir sobre la globalización, como dice Arjun Appadurai (1996), es “un moderado ejercicio de megalomanía”, la ciudad de México, por su tamaño, es un escenario óptimo para intentarlo. De hecho, nuestra megalópolis cumple con los cuatro requisitos que suelen pedirse a una ciudad global: fuerte presencia de empresas transnacionales, mezcla multicultural de pobladores de distintas regiones del país y de otras naciones, prestigio obtenido por la concentración de elites artísticas y científicas, así como un voluminoso turismo internacional (Hannerz, 1998).

Aun cuando el desarrollo contradictorio de nuestra capital no permite colocarla entre las urbes globales que acabo de citar, el potencial de la ciudad de México en la economía regional y mundial es comparable al de Barcelona, Berlín, Bruselas, París y Hong Kong. Como esas ciudades, la capital mexicana se distingue por irradiar, más allá de las fronteras del país, actividades financieras, de consultoría, publicidad, diseño, gestión de industrias audiovisuales e informáticas.

Ya antes de que se hablara de globalización, por lo menos desde mediados del siglo XX, la ciudad de México logró fascinar a miles de artistas e intelectuales, empresarios y turistas, gracias a su poderosa historia precolombina, colonial y moderna. Esas atracciones fueron decisivas para seducir al mundo hasta hace unos años, podríamos decir hasta que se construyeron el Museo Nacional de Antropología y el Museo de Arte Moderno, inaugurados en 1964 y poco tiempo después, respectivamente. Pero no son suficientes en el siglo XXI.

¿Cuáles son los otros capitales económicos y culturales con que México cuenta ahora? Identifico al menos tres: 1) una vigorosa infraestructura industrial para producir libros, radio, televisión y, en menor medida, cine y música popular contemporánea; 2) la existencia de comunidades multiculturales formadas por migraciones internas y por el propio sistema educativo, y también por las migraciones y los exilios de artistas, intelectuales y científicos que llegaron de España, América Central y América del Sur, así como del este europeo debido a las guerras mundiales y a la caída del bloque soviético; y 3) una larga experiencia de estar *entre* Europa, Estados Unidos y América Latina, *entre* los legados indígenas y la herencia de la modernidad. Es evidente que la ciudad de México es no solo la capital de la nación, sino la sede preferente de estos capitales culturales. Pero como país y como ciudad apenas comenzamos a utilizar estos recursos, y aun con baja presencia en los circuitos globales.

En la ciudad de México existen más museos (92) que en Nueva York (88), Buenos Aires (55), Madrid (47) y São Paulo (32), mayor número de sitios de venta de artesanías que en todas esas ciudades juntas, y un repertorio de lugares de entretenimiento parejo con el de esas metrópolis. Pero una ciudad puede globalizarse si, además, es segura, dispone de atracciones comerciales y culturales modernas y posmodernas y, sobre todo, servicios eficientes y conexiones electrónicas ágiles.

Un estudio hecho en el año 2001, que registra las condiciones exigidas por 500 ejecutivos de América Latina al evaluar las ciudades donde harían negocios y estarían dispuestos a vivir, coloca en los principales puestos a las que combinan un alto nivel educativo y calificación de su personal, con seguridad, eficiencia, vida cultural, y buen potencial comunicativo internacional y para hacer negocios (Berríos y Abarca, 2001). La ciudad de México no está mal situada en comunicaciones, oferta cultural y calificación de la fuerza de trabajo. Sin embargo, las condiciones de eficiencia y seguridad no son para enorgullecernos. Empresarios y gobernantes han manifestado su preocupación por el aumento de la inseguridad y porque el lento ritmo del tránsito (tres horas diarias en promedio por habitante en recorridos que demandarían una hora) disminuye la productividad. La caótica descomposición de la vida pública, que se viene acentuando desde que la capital mexicana pasó en los últimos cincuenta años de tres millones de habitantes a los 19 millones actuales, ha llevado a escritores como José Emilio Pacheco a

decir que vivimos en una “posciudad”³, o en palabras de Carlos Monsiváis, “una ciudad posapocalíptica, porque lo peor ya pasó”⁴.

Ciudad imaginada, siempre en borrador

Estas contradicciones entre la potencialidad y la deficiente realización de la vocación globalizada me conducen a pensar en qué le sucede a la ciudad de México a partir de la tensión entre los imaginarios exuberantes que ha generado y la dificultad, repetida en muchos tramos de su historia, de imaginarse como espacio habitable y compartido. No voy a hablar solo de la ciudad de México. Conviene vincular este desfase con el exhibido en los últimos años por el pensamiento urbanístico internacional entre la expansión de los estudios sobre imaginarios y la reducción del horizonte prospectivo en la planificación urbana. Hay una contradicción, observa el urbanista argentino Adrián Gorelik, entre

(...) la reflexión cultural (por lo general, académica) sobre las más diversas maneras en que las sociedades se representan a sí mismas en las ciudades y construyen sus modos de comunicación y sus códigos de comprensión de la vida urbana, y la dimensión de la reflexión político-técnica (por lo general, concentrada en un manojito de profesiones como la arquitectura, la urbanística y la planificación) acerca de cómo la ciudad debe ser (Gorelik, 2002).

En América Latina desde el siglo XIX la producción de las ciudades ha interactuado vivamente con la producción de representaciones sobre las ciudades. Tres analistas de la historia urbana y la historia intelectual latinoamericanas, José Luis Romero, Ángel Rama (1984) y Richard Morse, han demostrado que los imaginarios de ciudad y los imaginarios de cultura convergieron como proyectos impulsores del desarrollo social. No hubo coincidencias apacibles entre la inventiva de intelectuales, escritores y artistas y la planificación de los urbanistas, pero se nutrieron entre sí y juntos generaban matrices de comprensión y transformación social de la modernidad.

3 José Emilio Pacheco, conferencia inédita.

4 Carlos Monsiváis, conferencia inédita.

Ahora, en cambio, asistimos a “una inflación simbólica de las interpretaciones sobre la ciudad y la sociedad”, dice Gorelik (2002), en contraste con una “molición proyectual” en los diagnósticos sin perspectiva de los urbanistas. O, para seguir a la analista brasileña Otilia Fiori Arantes, ocurre otro tipo de complementación:

(...) entre urbanistas –en general, de procedencia progresista– y empresarios que han encontrado en la ciudad un nuevo campo de acumulación: los primeros se han dedicado, aparentemente por un mandato de época, a proyectar, “en términos gerenciales provocativamente explícitos”; los segundos no hacen más que celebrar los valores culturales de la ciudad, “enalteciendo el ‘pulsar de cada calle, plaza o fragmento urbano”, por lo que terminan todos hablando “la misma jerga de autenticidad urbana que se podría denominar culturalismo de mercado” (Fiori Arantes, 2000: 19).

¿Cómo se ha desenvuelto esta tensión y complementación entre imaginarios culturales e imaginarios urbanísticos en la ciudad de México? Sin duda se necesitó una formidable capacidad de concebir lo que no existe, desde hace siglos, para inventar una ciudad donde había un lago. Hubo que entubar los ríos, tapar los canales e imaginar una urbe seca donde había tal abundancia líquida. Sería posible enlistar muchos otros combates entre los imaginarios que hasta hoy se disputan la megalópolis: las fantasías de quienes llegan desde provincia persiguiendo trabajo y mejor calidad de vida, o de quienes vienen del extranjero creyendo arribar a la ciudad más poblada y más contaminada del mundo. Pocas megalópolis tan imaginadas como esta, desde las descripciones de Hernán Cortés hasta las de periodistas estadounidenses y exiliados latinoamericanos, desde las agencias de turismo hasta la televisión transnacional.

Pero si la capital mexicana es hoy una ciudad más desordenada que barroca es porque los imaginarios en conflicto han trabajado más para destruirse o ignorarse que para erigir una utopía compartida. Y porque muchas de nuestras catástrofes son revelaciones trágicas de la falta de imaginación sobre el futuro que se iba formando.

El arquitecto Yoshinoba Ashisara escribió que el espacio urbano puede crearse de dos maneras: por adición o por sustracción. La mayoría de los habitantes y gestores urbanos en México no ha sentido que hubiera que optar por una de estas dos estrategias. La ciudad se expandió del centro

histórico hasta las montañas lejanas, atropellando bosques, pavimentando laderas de cerros, tumbando casas para construir periféricos y ejes viales que permitieran llegar a los extremos invadidos, adicionando en esas vías pretendidamente rápidas miles de anuncios publicitarios que se tapan unos a otros y saturan el espacio visual con tantas promesas que ya nadie logra leerlas ni imaginar casi nada.

Veamos desde distintos enfoques cómo sucede en la actualidad esta tensión entre la ciudad imaginada y la ciudad imposible de imaginar. Una primera perspectiva es la del *consumidor* que tiene que orientarse entre todo lo que se le adicionó y se le sustrajo a la ciudad de México. Le resulta difícil entender dónde vive y por dónde viaja cuando atraviesa esta megalópolis que a principios del siglo XX ocupaba 9,1 kilómetros y ahora se derrama en 1.500 km².

Hace siete años realicé una investigación en archivos fotográficos para documentar cómo habían cambiado las maneras de viajar por la ciudad en el último medio siglo. Luego, reunimos a diez grupos de personas que atraviesan diariamente la urbe —repartidores de alimentos, vendedores ambulantes, taxistas, estudiantes, policías de tránsito— y les mostramos cincuenta fotos para que eligieran las más representativas. Las imágenes desataron relatos de lo que se sospecha al circular por zonas desconocidas. Una de las conclusiones del estudio fue que para la mayoría es difícil imaginar en qué ciudad vive, dónde empieza y acaba, cómo son los sitios que atraviesa diariamente. Ante los enigmas y amenazas, se elaboran suposiciones, mitos y tácticas de corto plazo para eludir los congestionamientos o hacer arreglos ocasionales con los extraños. Nadie tiene claro el mapa global de la megalópolis, ni pretende abarcarla. La gente sobrevive imaginando pequeños entornos a su alcance. Dada la dificultad de entender las transformaciones macrosociales y las causas estructurales de los desastres, situaba la culpabilidad en grupos particulares: los migrantes sin preparación que vienen a vivir en la gran ciudad, las manifestaciones políticas que entorpecen el tránsito, el exceso de coches (aunque nadie mencionó responsables), la corrupción de los policías, o la irresponsabilidad de conductores que estacionan sus autos en tercera fila. La cultura urbana construida como casuística engendra una *cultura prepolítica*, donde más que causas sistémicas se identifican culpables aislados.

Una segunda perspectiva es la de quienes tienen la posibilidad de *mirar a la ciudad desde las alturas* del poder y de la comunicación. Mientras la diseminación de la ciudad vuelve difícil la interacción entre sus barrios y disuelve la imagen de conjunto, los medios masivos distribuyen imágenes que reconectan las partes desparramadas. Así como la visualidad de la urbe moderna se organizaba mediante el paseo del *flâneur* y la crónica literaria, en la actual megalópolis la pretensión de dar narraciones totalizadoras es encargada al helicóptero que sobrevuela la ciudad y ofrece cada mañana, por radio y televisión, el simulacro de una visión de conjunto. Tripulado por policías que vigilan y periodistas que informan, ese nuevo poder panóptico que cuenta dónde hubo un choque, qué calles están atascadas y recomienda por dónde circular exhibe la colaboración del control policial y el control televisivo. En tanto esta visión mediática no ofrece información razonada sobre “lo incontrolable”, en vez de ayudarnos a imaginar cómo ser ciudadanos nos retiene viendo el espectáculo de la inseguridad desde la pantalla doméstica. Hemos pasado de la “ciudad letrada”, según denominó Ángel Rama la urbe que concibieron y narraron los textos literarios, a una ciudad audiovisual, o sea, la que presentan los medios de comunicación. Nuestra capacidad de aprehender algún tipo de sentido depende ahora, más que de relatos de larga duración (por ejemplo, las novelas de Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco), de lo que nos informa cada día el discurso efímero de Televisa.

Este pasaje de las narraciones largas a los *flashes* instantáneos corresponde al predominio de los “planificadores” que abandonaron la preocupación por la totalidad urbana, o que llegaron demasiado tarde. Ni bien uno se entera de que el primer plan regulador de la ciudad de México se hizo en 1979, tiende a pensar que a quienes la gobernaron entre la década de los cincuenta y la de los setenta, cuando la ciudad pasó de tres a quince millones de habitantes, de sesenta mil coches a más de dos millones, les faltó imaginación para ir previendo en cada sexenio los embotellamientos y la contaminación, la indignación y la impotencia, que iban a atribularnos en el sexenio siguiente. Adicionaron ejes viales, coches y microbuses, y se tardaron hasta la década de los ochenta para ver qué había que sustraer, reducir o construir a una escala menos monumental, a fin de evitar que la desintegración triunfara sobre la convivencia.

En los últimos años, ante la dificultad de resolver los problemas de conjunto, se eligen unas pocas zonas de la ciudad y se las destina a servir de focos ultramodernizadores, lugares donde podremos fantasear que estamos en sintonía con la globalización. El último imaginario que se nos propone al comenzar el siglo XXI es que México podría salvarse como ciudad global. Algunos teóricos de la globalización avalan esta fantasía: Manuel Castells (1995), Jordi Borja (1997) y Saskia Sassen (1991) escriben que la capital mexicana reúne, en efecto, varios de los requisitos señalados para ser una ciudad global. Pero ellos, y algunos estudiosos locales, llaman la atención sobre las contradicciones abismales entre la ciudad que se globaliza y la que se desintegra.

Es curioso: el crecimiento apresurado de la ciudad de México (como en São Paulo, Caracas y Lima) se debió en el último medio siglo a que millones de mexicanos de todo el país migraron hasta la capital imaginando que su industrialización podía beneficiarlos a todos. Desde la apertura económica al exterior, a principios de los años ochenta, se desindustrializó la ciudad y se supuso que las zonas más dinámicas de desarrollo serían las vinculadas a la instalación de servicios transnacionales. El Distrito Federal y su periferia metropolitana se han convertido en uno de los veinte megacentros urbanos con mayor articulación de dispositivos de gestión, innovación y comercialización a escala mundial. Este cambio es patente, sobre todo, en las casi 800 hectáreas dedicadas en la zona de Santa Fe a los edificios de Hewlett Packard, Mercedes Benz, Chubb Insurance, Televisa y otras empresas, a centros comerciales y a zonas residenciales de alto nivel. También se comprueba con la remodelación arquitectónica del Paseo de la Reforma, la Alameda, de partes de Polanco, Insurgentes y Periférico Sur; con la proliferación de macrocentros comerciales y nuevos hoteles transnacionales; la modernización de las telecomunicaciones y su conexión satelital, y con la difusión de servicios informáticos, de televisión por cable y digital. Se apuesta a que la “monstruópolis”, como la llamó Emiliano Pérez Cruz, sea rescatada por su conexión con imaginarios globales.

Me parece sugerente arriesgar aquí una hipótesis comparativa con Berlín. No puedo entrar ahora en el voluminoso debate público generado en Alemania y en la bibliografía urbanística, cultural y política sobre las metamorfosis de Postdamer Platz. Pero es significativo, al menos, señalar

que el conjunto de edificios corporativos transnacionales, tiendas y lugares de entretenimiento *high-tech* construido por arquitectos de renombre mundial fue erigido en uno de los lugares céntricos más emblemáticos de la capital alemana, en palabras de Régine Robin (2001), como “un espacio amnésico”, donde se eliminaron las referencias a la historia de la modernización de las primeras décadas del siglo XX, al muro y a otros momentos históricos concentrados en esa plaza. En cambio, Santa Fe, el mayor centro de negocios y oficinas corporativas de México y de América Latina, se construyó implantando un trazado y una imagen arquitectónica “a la estadounidense” en una zona marginal de la urbe, que solo habitaban migrantes recientes, casi todos de extrema pobreza. Pero a la vez podríamos preguntar si el gran respeto a los centros históricos de la ciudad de México y la ubicación en un borde del emprendimiento urbano más trascendente, con el que el gobierno del presidente Carlos Salinas quiso dar espacio al proyecto de “ubicar a México en el primer mundo”, no expresa la desconexión entre la “utopía” globalizadora y la ciudad histórica resignada a tener una modernidad deficiente. Mientras Berlín globaliza su espacio urbano por sustitución, México DF lo hace por adición.

La formación de nodos de gestión de servicios mundializados intenta aislarse de los sectores tradicionales, de las actividades económicas informales o marginadas, de los deficientes servicios urbanos, de las frustradas fantasías del desempleo y de los miedos de la inseguridad. El carácter dual de la ciudad global y la ciudad local marginada e insegura puede ser el principal obstáculo para que México sea imaginada como sede atractiva por quienes anudan las redes globales. Como advierten Borja y Castells, un alto riesgo de la globalización es que se haga para una élite: “se vende una parte de la ciudad, se esconde y se abandona al resto” (Borja y Castells, 1997: 185).

Pronósticos en medio de la improvisación

Suele decirse en revistas de urbanismo y turísticas, de arte e historia, que México es la ciudad precolombina y colonial más importante de América. A la vez, se habla de que esta megalópolis ha crecido de manera tan atropellada que parece sin proyecto, y en ella apenas se puede estar pen-

diente de cómo sobrevivir el día de hoy. Mañana no sabemos si va a estallar otro drenaje y va a inundar quién sabe cuántas colonias, si el volcán Popocatepetl nos va a tapar de ceniza, si cuarenta manifestaciones políticas multitudinarias van a paralizar una cuarta parte de la ciudad.

¿Quién puede pronosticar como será la ciudad de México en el año 2010? En medio de tantas incertidumbres, algunas tendencias del desarrollo sociocultural muestran cierta consistencia. Además, establecer cuáles son estas líneas predominantes es hoy más viable que hace quince años, cuando comenzaron a hacerse estudios que relacionaron políticas culturales, consumo y ciudadanía. Sin duda, este es uno de los cambios importantes que tenemos en nuestra ciudad: podemos hablar de ella y, sobre todo, de los aspectos socioculturales, con datos que no teníamos hace dos décadas.

Voy a apoyarme especialmente en las investigaciones que realizamos en el Programa de Estudios sobre Cultura Urbana de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), de México. Este conjunto de trabajos da referencias básicas para reflexionar sobre qué permanece y qué cambia en la ciudad de México de los años noventa al comienzo del siglo XXI. En primer lugar voy a mencionar algunos hechos de lo que se consolida, luego algo de lo que cambia y lo que posiblemente se acentuará o innovará hacia 2010.

- La primera tendencia que se afianza en el desarrollo de la ciudad es la diseminación de la mancha urbana en todas las direcciones, desarrollo que reformula las relaciones con el entorno ambiental, los vínculos del centro con las periferias, y, podría decirse, de lo que se puede abarcar de la ciudad con lo que se escapa del control o la gobernabilidad. Esta experiencia de lo inabarcable se agudiza en tanto la capital de México se desarrolla como ciudad global, nudo de interconexiones comunicacionales, servicios y migraciones que la vinculan intensamente con muchas otras regiones de Norte, Centro y Sudamérica, de Europa y Asia.
- Un segundo rasgo es el predominio demográfico de la periferia metropolitana sobre el Distrito Federal y la formación de centros comerciales y culturales, a menudo asociados, en la periferia interna y externa de la capital. Estamos viviendo cada vez más en una ciudad policéntrica, multifocal y multinodal. Sin embargo, este predominio de la periferia sobre la ciudad histórica no permite desentendernos de

las interacciones entre ambos círculos: tres millones de personas que residen en los 29 municipios conurbados al DF llegan diariamente a la capital para trabajar, consumir y divertirse.

- En tercer lugar, hay que mencionar la democratización del DF y algunos aspectos de la cultura ciudadana, que se manifiestan ante todo en la elección de gobernantes para la ciudad y ahora también para cada delegación. Se trata de una democratización incompleta, que no abarca todos los aspectos de la vida urbana, por ejemplo los culturales, a los que me voy a referir un poco después.
- Luego, cabe señalar el lugar protagónico de los medios masivos como proveedores de información y entretenimiento, como articuladores de la ciudad dispersa y organizadores de la esfera pública. No me extiendo en este proceso internacionalmente generalizado, que nos hace vivir en un nuevo tipo de campo público gestionado básicamente por las industrias culturales y los medios masivos de comunicación. Esta prevalencia de lo mediático sobre las interacciones presenciales, iniciada desde mediados del siglo XX, seguirá creciendo debido al mayor acceso a la televisión por cable, a los servicios informáticos y a otras modalidades de información y entretenimiento a domicilio.
- Por último, mencionaré como un rasgo unificador de las experiencias urbanas el incremento de la violencia y la inseguridad. Ambas se han extendido a toda la zona metropolitana, no solo como hechos reales, como acontecimientos que están ocurriendo todo el tiempo, sino por el papel central que han pasado a ocupar en la información y en el reordenamiento del estilo de vida. Esta experiencia generalizada se asocia con efectos materiales y simbólicos importantes como el predominio de lo privado sobre lo público, la prevalencia del imaginario del riesgo y el refugio en barrios cerrados o en la propia casa, sobre los imaginarios de la ciudad compartida.

Cambios en curso

Ahora voy a mencionar lo que se transforma, algunos rasgos seleccionados teniendo en cuenta lo que hoy es visible en el desarrollo cultural de la ciudad, y también lo que podría conjeturarse que se acentuará hacia el

año 2010. Quiero partir de una autocrítica. En los estudios que hicimos durante los últimos diez años en el Programa de Cultura Urbana de la UAM, hemos tenido que rectificar varias ideas que habíamos ido construyendo acerca de lo que estaba transformándose en la ciudad. Por ejemplo, en la primera mitad de la década de los noventa registramos el cierre de muchos cines, que venía ocurriendo desde los años ochenta, debido a un descenso abrupto en la cantidad de público. Esa declinación del número de espectadores, de noventa millones por año a unos 28 millones en 1995, se ha revertido parcialmente con la explosión de multisalas en muchas zonas de la ciudad. Una distribución más equitativa de la oferta cinematográfica ha hecho que el libro *Los nuevos espectadores*, publicado en 1994, no sea ya del todo vigente.

Sin embargo, otras tendencias del consumo audiovisual encontradas en esa época se han afianzado. Una de ellas es la ampliación de la oferta televisiva. Hemos pasado de una televisión abierta, controlada por un solo monopolio, a una oferta más amplia, que puede llegar a varios centenares de canales en pocos años. De todas maneras, los cambios parecen moverse más en la cantidad que en la variedad. Cuando se dio la alternancia televisiva, o sea cuando surgió Televisión Azteca, se pensaba que “nada puede ser peor que Televisa”, y sí hubo algo peor. También una parte de la población está disfrutando de la televisión por cable o por antena codificada; ha aparecido Sky, y se prometen en dos o tres años más innovaciones tecnológicas. Por supuesto, esta expansión de la oferta televisiva se concentra en las elites y los sectores medios.

En segundo lugar, la construcción de conjuntos de multisalas de cine moderniza la exhibición y atrae más público, sobre todo a muchos jóvenes. Los complejos cinematográficos y los grandes centros comerciales, que aparecen asociados, son los principales reactivadores de la vida pública y del consumo cultural en espacios abiertos o fuera de la vida doméstica. Mientras en la primera mitad de la década pasada percibíamos una concentración en el entretenimiento a domicilio, hoy se aprecia cierta reversión. Aunque todavía no se llega a los noventa millones de asistentes a las salas de cine, hay unos 48 millones de espectadores por año, con lo cual se revitalizan algunos aspectos de la sociabilidad pública.

Como tercer cambio, sobresale la expansión de redes comunicacionales de tecnología avanzada, que diferenciamos de los medios masivos de

comunicación y de la oferta cinematográfica. Estoy hablando de computadoras, internet, faxes, servicios bancarios electrónicamente relacionados, e incluso compras electrónicas, cuyo desarrollo parece más lento en nuestra ciudad que en otras regiones metropolitanas. De todas maneras, este crecimiento de redes tecnológicas de punta, accesible solo para algunos sectores, está recomponiendo muchos hábitos de consumo y el tejido comunicacional en la metrópoli. También reestructura el papel de la capital como centro del país y sus relaciones con mercados y circuitos globales.

En cuarto término, como consecuencia de estos dos procesos que acabo de mencionar, estamos viviendo un predominio de la videocultura y, más recientemente, de la comunicación electrónica sobre los medios de información tradicionales, básicamente los diarios, las revistas o la información cara a cara en la vida barrial. Uno de los datos recientes más impactantes es el resultado de la encuesta sobre hábitos culturales hecha por el diario *Reforma*, en enero de 2001, donde se mostró que la cantidad de personas que lee a diario los periódicos en la ciudad de México coincide con quienes usan, o dicen usar, computadora diariamente: veinte de cada cien habitantes de la ciudad. El bajo índice de lectura es alcanzado por la fascinación informática.

Entre lo que queda de la cultura escrita y la aceleración de la cultura digital que llega a muy pocos, predomina un sistema a la vez diseminado y altamente concentrado que, para decirlo con una frase de Paul Virilio (1997), “ya no trabaja con discursos sino con *flashes* e imágenes”. Así como el proceso de sustitución parcial de las experiencias de interacción directa por la comunicación mediática, concentrada en el hogar, crea un nuevo tipo de relación con el espacio, el predominio de las experiencias en presente sobre los relatos de larga duración de la ciudad letrada (y en el caso de México, del folclor) engendra una nueva relación con el tiempo social.

Futuros posibles

Por fin, ensayo algunas consideraciones sobre los cambios culturales pre-
visibles hacia 2010. Con este fin habría que diferenciar los cambios culturales esperables, lo que va a cambiar, lo que parece objetivamente inevitable que cambie, y lo que podría modificarse si se transformaran los mo-

dos de gestión de la vida pública. En primer lugar, comienza a haber una distribución más equitativa de la oferta cultural en el conjunto del espacio metropolitano, pero hay que decir que casi siempre está hecha por la iniciativa privada y muy poco por programas públicos: más por la televisión y el cine que por la descentralización de equipamientos dependientes del Estado. Hay una democratización avanzada en lo político, pero no va acompañada por una redistribución de equipamientos culturales, ni por acuerdos entre el DF y los municipios conurbados que articulen la información, los espectáculos, ni otros servicios.

¿Qué tipo de infraestructura espacial de equipamientos culturales necesitamos? ¿Más casas de la cultura, más bibliotecas, más teatros y salas de concierto bien instalados, en el sur y en el norte de la ciudad, en el oeste y en el este? Sin duda, pero necesitamos también desarrollar políticas mediáticas e informáticas con orientación de servicios públicos. Es preciso democratizar la relación entre las culturas locales y promover su desarrollo propio con mayores recursos. A la vez, una ciudad como la de México debe asumir su papel de capital latinoamericana y ciudad global en festivales, inversiones turísticas y atractivos culturales y mediáticos. No hay política cultural para las mayorías en este momento, en la ciudad ni en ningún país, si no hay política mediática con un sentido público. La carencia de iniciativas en este campo por parte de los últimos gobiernos de la ciudad y del país revela una ausencia de vocación globalizadora de los actores públicos en la cultura.

Desde luego, estas modificaciones no dependen únicamente del gobierno sino de nuevas opciones creadas por asociaciones civiles, por nuevos desempeños ciudadanos. Después de todo lo que los sismos de 1985 le sustrajeron a la ciudad de México comenzamos a activar una imaginación más dispuesta a juntar sus partes. Parecíamos resueltos a reunir los imaginarios de los ciudadanos y de los consumidores. Luego, cuando las catástrofes pierden su proximidad, la imaginación se vuelve menos solidaria, la ciudadanía se reduce a las limitadas zonas por las que transitamos, o sea el lugar de trabajo, la escuela de los hijos, la seguridad de la cuadra y del edificio que habitamos (Zermeño, 2003). ¿Será nuestra megalópolis demasiado vasta para imaginarla en conjunto, o acaso una de las funciones de los imaginarios es aplacar, a la larga, las perturbaciones de lo social, proponer equilibrios y pactos entre las fuerzas en conflicto, en sus

manifestaciones más inmediatas? Pareciera que en esta época, en que las comunicaciones globalizadas propician la comparación y aun la imitación entre las ciudades, encontramos dificultades para experimentar relacionadas las distintas partes de una misma megalópolis.

Tal vez elegimos vivir en ciudades no solo por la riqueza de estímulos que excita nuestra imaginación, sino también porque incluso aquellas urbes donde triunfan la precariedad y el desorden dan a nuestros vértigos imaginarios contención y descanso. Por eso organizamos selectivamente nuestra experiencia del entorno urbano. Como dice Luis García Montero, refiriéndose a su lugar, Granada: "cada persona tiene una ciudad que es el paisaje urbanizado de sus sentimientos" (García Montero, 1972: 71). Quizá para entender la fascinación que suscita habitar una ciudad global haya que pensar a la vez a la ciudad, a nuestra íntima y restringida micrópolis, como refugio contra lo que en la globalización nos abisma. La pregunta que resta es si esta función protectora de la vida urbana puede cumplirse cuando las desigualdades y la desconexión prevalecen sobre lo que nos hace vivir juntos.

Bibliografía

- Appadurai Arjun (1996). *Modernity at large: cultural dimensions of globalization*. Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press.
- Berrios Rodrigo y Felipe Abarca (2001). "Ranking de ciudades: de Puerto Madero a Puerto Digital". *América Economía Publishing*, suplemento ILHN 2297. Disponible en <http://www.ilhn.com/indice-php3>.
- Borja Jordi y Manuel Castells (1997). *Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: United Nations for Human Settlements (Habitat) Taurus.
- Castells Manuel (1995). *La ciudad informacional*. Madrid: Alianza.
- Fiori Arantes, Otilia Beatriz (2000). "Pasen y vean... Imagen y city-marketing en las nuevas estrategias". *Punto de Vista*, N° 66: 16-19.
- García Montero Luis (1972). *Luna en el sur*. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Gorelik Adrián (2002). "Imaginario urbanos e imaginación urbana". Disponible en http://www.bazaramericano.com/bazar/articulos/imaginarios_gorelik.ASP.

- Hannerz Ulf (1998). *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*. Madrid: Cátedra.
- Rama Ángel (1984). "La ciudad letrada". En *Estudios críticos*, Mabel Moraña. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Robin Régine (2001). *Berlin chantiers. Essai sur les passés fragiles*. Cameron: Stock Editions.
- Sassen Saskia (1991). *The global city. New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Virilio Paul (1997). "Un mundo sobre-expuesto". *Le Monde Diplomatique*.
- Zermeño Sergio (2003). "La democracia impertinente. Comités vecinales en una cultura estatal". En *Reabrir espacios públicos: políticas culturales y ciudadanía*. Néstor García Canclini (Coord.) México: UAM, Iztapalapa Plaza y Valdés.